

MOGENS

Era verano, las horas centrales del día, en un rincón del cercado. Delante crecía un viejo roble, de cuyo tronco bien podría decirse que se retorció de desesperación por la falta de armonía entre su flamante follaje amarillento y sus ramas negras, gruesas y tortuosas, que parecían antiguos arabescos góticos de trazo burdo. Tras el roble había una frondosa espesura de avellanos oscuros, sin brillo, tan arrimados unos a otros que no se distinguían los troncos de las ramas. Por encima de la fronda de avellanos asomaban dos arcos, rectos y alegres, de hojas graciosamente dentadas, peciolos rojos y largos dijes de racimos verdes. Detrás de los arcos comenzaba el bosque, una ladera verde de curvas regulares donde los pájaros entraban y salían como elfos de una colina herbosa.

Todo esto era lo que se veía viniendo por el sendero que corría del otro lado del valladar. Nuestro hombre, en cambio, recostado a la sombra del roble, con la espalda contra el tronco y mirando hacia el otro lado, lo primero que veía eran sus propias piernas y una manchita de hierba corta y espesa; después, una mata grande de ortigas oscuras, el seto de espinos con las grandes flores blancas, los escalones del portillo, una esquina del campo de centeno y, para terminar, el asta de bandera del magistrado y, a continuación, el cielo.

Hacía un día tórrido, el calor centelleaba en el aire y todo estaba en silencio. Las hojas colgaban adormecidas de los árboles, y lo único que se movía eran las mariquitas en las ortigas y la hojarasca marchita sobre la hierba, que se iba arrugando a pequeños espasmos, como si se retorciera bajo los rayos del sol.

También el hombre de debajo del roble; allí estaba tendido, bostezando, con la mirada melancólica y desvalida puesta en el cielo. Empezó a canturrear, pero paró al poco. Después comenzó a silbar, pero se detuvo también. Dio media vuelta, media más, y reparó en una vieja topera que, de lo reseca que estaba, había adquirido un tono gris claro. De pronto apareció sobre ella una pequeña mancha redonda; luego otra, tres, cuatro, muchas más, y el montoncillo de tierra se oscureció. El aire se vio reducido a unas largas bandas sombrías, las hojas cabeceaban, y se levantó un murmullo que acabó convirtiéndose en un verdadero hervor: llovía a cántaros.

Todo brillaba, centelleaba, chisporroteaba. Las hojas, las ramas y los troncos resplandecían de humedad; cada gota que caía en la tierra, en la hierba, en el portillo, se deshacía y se dispersaba en mil finas perlas. Gotas menudas pendían aquí y allá hasta convertirse en gruesos goterones que, a su vez, se unían a otras gotas; formaban arroyuelos, se alejaban por surcos, penetraban en grandes cavidades y salían por otras más pequeñas, arrastrando polvo, astillas y broza, lo llevaban todo a pique, lo sacaban a flote de nuevo, lo arremolinaban y volvían a hundirlo. Hojas que no habían estado juntas desde que fueran yemas se reunían ahora por efecto del agua; el musgo aniquilado por la

sequía burbujear y se volvía blando, rizado, verde y jugoso, y los líquenes grises, reducidos casi a rapé, se extendían en tersos lóbulos rebosantes como brocado, con un brillo de seda. Las flores dejaban colmarse sus blancas corolas y, tras brindar entre ellas, derramaban el agua sobre las cabezas de las ortigas. Las gruesas barbosas negras reptaban, afanosas, y miraban satisfechas hacia el cielo. ¿Y el hombre? El hombre, con la cabeza descubierta y de pie bajo el aguacero, dejaba que las gotas le resbalasen por el cabello, las cejas, los ojos, la nariz y la boca, chasqueaba los dedos bajo la tromba, levantaba las piernas de vez en cuando como si fuese a bailar, sacudía la cabeza cuando el pelo se le empapaba demasiado y tarareaba a voz en cuello sin saber lo que cantaba, tan absorto estaba con la lluvia:

*Si tuviese, ay, si tuviese, un nieto, ¡ay, si...!
y un cofre con dinero,
tendría también, digo yo, una hija, ¡ay, si...!
casa, campo y granero.*

*Si tuviese, ay, si tuviese, una hija, ¡ay, si...!
y casa, campo y granero,
tendría también, digo yo, mujer, ¡ay, si...!
con cofre y con dinero.*

En esas estaba cuando, algo más allá, entre las sombras de los avellanos, asomó la cabecita de una muchacha. Se le había enganchado la punta de un chal de seda roja a una rama que despuntaba más que las otras. De tanto en tanto, una mano pequeña aparecía y tironeaba de la punta, sin conseguir mucho más que sacudir el

agua de las ramas. El resto del chal envolvía la cabeza de la muchacha, tapándole media frente y sombreando sus ojos. Luego se doblaba de forma brusca, hasta perderse entre las hojas, y aparecía de nuevo en un florón de pliegues bajo su barbilla. La cara de la joven expresaba el mayor de los asombros, aunque estaba al borde de la risa; la sonrisa brillaba ya en su mirada. De repente, el hombre que cantaba bajo la lluvia dio unos pasos hacia un lado y vio la punta roja, el rostro, los grandes ojos castaños, la boca menuda, abierta de pasmo; al instante, azarado, bajó la vista con aire de sorpresa. En ese mismo momento se oyó un grito, la rama que sobresalía se agitó con violencia, la punta roja desapareció en un abrir y cerrar de ojos y se perdió también el rostro de la muchacha, entre crujido y crujido, más y más lejos, entre los avellanos. Entonces el hombre echó a correr. No sabía por qué, no pensaba en nada. Presa otra vez de la ebriedad de la lluvia, corría en pos de aquella carita de muchacha. No se le ocurrió que estaba persiguiendo a una persona, para él era solamente un rostro de muchacha. Corría y crujía a su derecha, a su izquierda, crujía delante, detrás, crujía él, crujía ella, y todo aquello que oía y la carrera en sí lo encendieron de tal modo que terminó por gritar:

—¡Di cucú, estés donde estés!

Nadie contestó. Al oír sus propios gritos perdió algo de brío, pero siguió corriendo; entonces lo asaltó una idea, una sola. Y, sin dejar de correr, murmuró: «¿Qué le vas a decir?»

Al acercarse al arbusto donde la joven se había refugiado, vio una punta del vestido.

«¿Qué le vas a decir?», continuaba preguntándose.

Al llegar a la altura del arbusto se desvió bruscamente y siguió corriendo, en medio de un murmullo incesante. Llegó a un sendero más amplio, corrió por él, se detuvo de pronto, se rio, anduvo otro trecho sonriendo entre dientes y, al fin, rompió a reír con todas sus fuerzas. Así, entre risas, recorrió el resto del bosquecillo.

Llegó después un hermoso día de otoño. La estación estaba en su apogeo, y el camino que descendía hasta el mar había quedado enterrado bajo la hojarasca cetrina del olmo y del arce, moteada aquí y allá de manchas de follaje oscuro. Resultaba agradable caminar por aquella piel de tigre, viendo a la vez la caída de las hojas. El abedul parecía más fino y más ligero si cabe con las ramas tan desnudas, y el serbal, con sus racimos cargados de bayas rojas, tenía un aspecto suntuoso. El cielo era de un azul intenso, y la mirada tendía a perderse a lo lejos, entre los troncos del bosque, que se antojaba mucho más grande. Ese paisaje no tardaría en esfumarse, dejando paso a la estación de las lámparas, las alfombras y los jacintos, y esa circunstancia lo hacía aún más hermoso. El magistrado de Cabo Trafalgar y su hija decidieron bajar hasta el mar dando un paseo, mientras su coche aguardaba junto a la casa del regidor.

El magistrado era un amante de la naturaleza, a la que consideraba uno de los ornatos más bellos de la existencia. Estaba persuadido de la necesidad de protegerla, manteniéndola lejos de todo aquello que consideraba artificioso. Para él, los jardines suponían una corrupción de la naturaleza, y cuanto más trabajados

estaban más demenciales le parecían; la naturaleza carecía de estilo. El Señor, en su infinita sabiduría, la había creado libre y salvaje; sin embargo, con el pecado original la civilización se abatió sobre el hombre, y acabó por convertirse en una necesidad. ¡Ojalá no hubiese sucedido así! El magistrado no habría tenido inconveniente en salir a buscarse el sustento envuelto en una pelliza de cordero e ir por ahí disparando a las liebres, a las becadas, a los chorlitos, a las perdices, a los venados y a los jabalíes. En su opinión, el estado de naturaleza era una auténtica joya.

El magistrado y su hija descendían hacia el mar, que llevaba ya largo rato haciéndoles guiños entre el ramaje. Al doblar el recodo donde se alza el álamo grande por fin se hizo enteramente visible. Ahí estaba, con sus amplias láminas cristalinas y sus lenguas dentadas de agua crespas, que brillaban bajo el sol. La mirada recorría su superficie y se veía arrastrada a lo largo de la curvada orilla, alrededor de los verdes cabos, para acabar perdiéndose en el horizonte, que se llevaba consigo los pensamientos.

¡Navegar! ¿Había barcas de alquiler? No, no las había, les informó un muchacho que vivía en una casa cercana y al que encontraron en la playa, haciendo cabrillas. ¿Nadie tenía una barca disponible? Sí, claro, estaba la del molinero, pero no se podía usar; él no lo permitía, y su hijo Niels a punto estuvo de llevarse una tunda la última vez que la prestó, así que no era una opción. También estaba el señor que vivía en casa de Nikolai, el guardabosques; tenía una barca estupenda, negra por arriba y con el fondo rojo, y él sí la dejaba a quien la quisiera.

El magistrado y su hija echaron a andar hacia la casa de Nikolai, el guardabosques. Poco antes de llegar se encontraron a una niña, hija de Nikolai, y le pidieron que fuese a preguntar si podían hablar con el señor. La pequeña echó a correr como alma que lleva el diablo, con los pies y con los brazos, y no paró hasta llegar a la puerta. Una vez allí, subió la pierna al alto umbral, se ató la jarretera y entró en tromba en la casa; en seguida estuvo de vuelta, y con dos puertas abiertas a sus espaldas. Antes siquiera de alcanzar de nuevo el umbral, anunció a grandes voces que el señor salía al instante y se sentó en la entrada, recostada en la pared, a espiar a los forasteros.

Cuando llegó el señor, resultó ser un joven alto y de complexión fuerte, que no pasaría de los veinte años. La hija del magistrado se sobresaltó un poco, al reconocer en él al hombre que cantaba bajo la lluvia. Tenía, sin embargo, un aire amable y ausente; era evidente, por la expresión de sus ojos, que lo habían interrumpido en mitad de la lectura.

La hija del magistrado lo saludó con una cumplida reverencia y gritó:

—¡Cucú!

Luego rompió a reír.

—¿Cucú? —se sorprendió su padre.

¡Era aquella carita de muchacha! El joven, sonrojado hasta la raíz de los cabellos, trataba de decir algo cuando el magistrado se le adelantó, con una pregunta acerca de la barca. Sí, estaba a su disposición, pero ¿quién iba a remar? Bueno, tendría que ser él, dijo la señorita. Poco le importaba lo que dijera su padre, le daba lo mismo incomodar al señor, visto que a él de

vez en cuando tampoco le preocupaba incomodar a los demás. De modo que bajaron hasta el mar, y por el camino fueron explicándole todo al magistrado. Hasta que no estuvieron embarcados y a un buen trecho de la orilla, la joven no encontró una postura de su gusto ni tiempo para conversar.

—Bueno —dijo—, seguro que estaba usted leyendo algo muy erudito cuando he llegado yo con mis cucús y le he engatusado para que saliera a navegar.

—Querrá decir a remar. ¡Erudito! Era *Historia de Peter, el caballero de la llave de plata, y la bella Magelone*.

—¿De quién es?

—De nadie en particular; ese tipo de libros nunca lo son. *Vigoleis, el de la rueda de oro* tampoco es de nadie, como *Bryde el cazador*.

—Nunca había oído esos títulos.

—Ay, siéntese un poco más allá, que nos desequilibramos. Es natural, no son libros finos; son de esos que venden las viejas por las ferias.

—Qué curioso; ¿y siempre lee ese tipo de libros?

—¿Siempre? No leo muchos libros en el curso del año, y los que más me gustan son esos donde salen indios.

—¿Y poesía? Oehlenschläger, Schiller...

—Bueno, los conozco. Teníamos un armario repleto de libros en casa y la señorita Holm, la dama de compañía que tenía mi madre, nos los leía en voz alta después de comer y por las noches, pero no puedo decir que me gustasen. No me agradan los versos.

—¡Que no le agradan los versos...! Dice usted «tenía», ¿es que no vive su madre?

—No, y tampoco mi padre.

Pronunció estas palabras en un tono algo áspe-

ro, reservado, que interrumpió por un rato la conversación, y durante unos momentos pudo distinguirse con claridad el sonido de la barca al deslizarse sobre el agua. La joven rompió el silencio:

—¿Le gusta la pintura?

—¿Los retablos? Ah, no sé qué decirle.

—Bueno, los retablos y los demás cuadros; los paisajes, por ejemplo.

—¿También se pintan? Sí, es cierto, lo sé.

—¿Se burla usted de mí?

—¡Yo! ¡Uno de los dos, seguro!

—Pero, ¿no es usted estudiante?

—¡Estudiante! No, yo no soy nada.

—Hombre, algo será. Algo debe hacer, digo yo.

—¿Por qué?

—Pues porque todo el mundo hace algo.

—Entonces, ¿usted hace algo?

—No, claro, pero es que usted no es una señora.

—¡No, Dios me libre!

—¡Muchas gracias!

El joven se detuvo, levantó un poco los remos, la miró a la cara y preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso? No, no se enfade conmigo. Le diré una cosa: soy un tipo muy raro. Usted no lo entiende. Al verme bien vestido me cree usted un caballero, como mi padre, del que me han contado que era un hombre de lo más capaz; y tenía que serlo, si llegó a gobernador. Yo no sé hacer nada, porque mi madre y yo nos dábamos todos los caprichos y a mí no me gustaba aprender eso que enseñan en la escuela, y sigue sin gustarme. Ah, si hubiera visto a mi madre; era una mujer muy menuda, a la edad

de trece años yo ya podía bajarla al jardín en mis brazos. Era livianísima; en sus últimos años solía pasearla en brazos por todo el parque. Parece que la estoy viendo, con sus vestidos negros y todas aquellas tiras de encaje tan anchas...

Volvió a coger los remos y empezó a bogar con vehemencia. El magistrado, algo inquieto al ver que el agua subía tanto a popa, creyó llegado el momento de regresar a tierra, y enfilaron hacia la orilla.

—Y dígame —retomó la conversación la señorita, una vez pasado el arrebató—, ¿suele ir usted a menudo a la ciudad?

—No he estado jamás.

—¡Jamás! Pero si vive a tan solo tres millas de distancia...

—No siempre vivo aquí; desde que murió mi madre he vivido en todos los lugares imaginables. Pero este invierno iré a la ciudad a aprender a contar.

—¿Matemáticas?

—No, maderos —contestó él, entre risas—. No, no lo entiende, se lo explicaré: cuando alcance la mayoría de edad, tengo intención de comprar una balandra para ir a Noruega, y para eso hace falta saber hacer números, para la aduana.

—¿De veras es lo que quiere?

—Ah, el mar es algo fabuloso, hay tanta vida a bordo de un barco... Bueno, ya estamos en el embarcadero.

Atracó; el magistrado y su hija desembarcaron, no sin antes arrancarle la promesa de que iría a visitarlos a Cabo Trafalgar. Luego se encaminaron a casa del regidor, mientras él se alejaba en la barca. Cuando

llegaron al álamo aún se oían los golpes de los remos.

—¡Oye, Kamilla! Una cosa —dijo el magistrado, que había salido a cerrar la puerta, mientras apagaba la vela con el paletón de la llave—, ¿cómo se llamaba esa rosa que tenían en casa de los Karlsen, *Pompadour* o *Maintenon*?

—*Cendrillon* —contestó ella.

—Cierto, así se llamaba. Bueno, habrá que ir pensando en retirarse. Buenas noches, hija mía, que duermas bien.

Al llegar a su habitación, Kamilla levantó la cortinilla y, con la frente apoyada contra el frío cristal, empezó a tararear la canción de Elisabeth en *La colina de los elfos*. Al atardecer se había levantado un poco de aire y unas nubecillas blancas, iluminadas por la luna, iban veloces hacia Kamilla. La joven pasó largo rato contemplándolas, siguiéndolas desde la distancia y canturreando más y más alto a medida que se acercaban. Después, cuando se perdían por encima de ella, callaba unos segundos y buscaba otras nuevas. Bajó la cortinilla con un discreto suspiro. Se dirigió al tocador y descansó en él los codos. Apoyó la cabeza en las manos entrelazadas y observó su imagen en el espejo, sin verla realmente.

Pensaba en un joven alto que llevaba en brazos a una señora enfermiza y menuda vestida de negro, pensaba en un joven alto que iba al timón de un barquito pequeño entre rocas y escollos, en medio de una furiosa tempestad. Volvió a recordar toda la conver-